

**EXALTACIÓN
AL
SANTÍSIMO
CRISTO DEL AMOR
Y A SU
SANTA CRUZ**

A Ti, Santísimo Cristo del Amor.

*En este día de conmemorar la festividad de
Tu Santa Cruz de Amor, desde la que nos
vienes en abrazar.*

¿Has muerto? No cabe duda.
Te fuiste, sí; ya estás muerto.
Un ir de volver tan cierto,
que aquella estancia tan cruda,
Tu sepulcro, fue concierto
de muerte que a vida muda.

Pero el antes está aquí,
en esa Cruz de tormento
descabellado y cruento
que se hace belleza en Ti,

aunque lleno de señales
que asombran por su crudeza
y nos bisten de tristeza
al mirar los cardenales
de ese cuerpo flagelado,
escupido y traspasado
en delirio de bajeza
—soldadesca y menestrales—,
que, por temor o pereza,
no se viese mutilado.

Exprimido ya el dolor,
entero Te has relajado
tras el último estertor.
Exhausto por lo sufrido
y el castigo padecido,
por fin Te has abandonado
a ese Tu mortal sopor.
Vacuo de cualquier sentido,
sólo estás lleno de amor.

De ese amor que has derrochado
por siglos a nuestro lado
—estás muerto y no lo estás,
que por siempre existirás
al haber resucitado—
ha logrado ser motor
de secular devoción
y forjó la inspiración
de que nacieses Amor.

Que el Amor de Cristo fuera
quien al taller acudiera
en la busca del maestro
Juan de Mesa, no un espectro,
y a su presencia viniera
a pedir asentimiento,
por traer el mandamiento
de que una imagen ficiera.

Talla querían del Amor
 de Cristo en la cruz clavado
 —muerto, por no haber dolor—,
 pretendiendo que, acabado,
 fuese visto y estimado
 viva imagen del Amor.

De Juan de Mesa exigieron
 en la escritura que hicieron
 que sólo fuesen sus manos,
 sin fuelle de los hermanos,
 ayudantes o fulanos,
 las que entero Te gubiasen
 y, además, las que tallasen
 cabeza, cuerpo y Tus pies,
 ésos que cruzas al bies
 y el clavo los traspasase.

Y la barba, y la melena
 que desciende peregrina,
 y los brazos, y esas piernas,
 sostén de Tu amor eternas,
 y la sierpe víperina,
 roscada sin una espina
 en Tu grandeza más plena.

Y él, por dar fiel cumplimiento
 al gentil ofrecimiento
 que gustoso fue aceptado,

pronto tubo preparado
 lo preciso y necesario
 y, tras rezar un Rosario
 y en Dios verse encomendado,
 a Tu esculpir se entregó
 con celo de iluminado,
 y al cabo se convenció
 —inspiración, pundonor,
 mucho esfuerzo y más sudor—
 de por fin haber creado,
 con cincelar de extasiado,
 esa imagen deseada
 y de por siempre soñada:
 la del Cristo del Amor.

Y andando, los siglos vieron,
 desde uno u otro templo
 sedes de Tu venerar,
 la semblanza —claro ejemplo
 que contemplan y contemplo—
 de un Cristo que es todo amar.

En los Terceros de antaño
 fue Tu primera estación
 por más de doscientos años.
 Allí fuiste bendecido,
 con el Santo Crisma ungido
 por el Capellán mayor,
 y, de todos bien sabido,
 Te bautizaron Amor.

San Miguel Te recibió
 con nervios color albero
 en columnas blanco cal
 y bóvedas de crucero
 de gótica catedral,
 y en él Tu Amor residió
 una larga cincuentena.
 Tu devoción se dobló
 y, por diez, multiplicó
 aquellas cinco decenas.

San Vicente, más Terceros
 y un postrer convento hubiste,
 saliendo de San Gregorio.
 Se vieron algunos peros,
 treinta mudás y que fuiste
 partícipe en el velorio
 por compartir el destierro
 —dos templos que dispusiste
 el treintenio mortuorio—
 con el propio Santo Entierro.

Convento, a tiro de piedra,
 el betusto Dulce Nombre.
 Hoy, en Su cruz, sobre hiedra,
 desde ese claustral encierro
 sale el más arcaico Hombre.

En San Pedro fue un decenio,
 medio en Santa Catalina;
 y de allí, con claro ingenio
 —son algunas primaveras—,

por un ya casi centenio
a El Salvador Te vinieras.

Te has recorrido enterito
el casco de la ciudad.
Un traslado y nuevo hito
por tratar de pregonar
Tu Amor hasta el infinito.

Y sí el infinito acaso
excesivo pareciera
—Dios se nubla de tal caso;
su infinitud, verdadera—,
lo cierto es que la líndera
de adorarte a Ti en el paso
se extendió a Sevilla entera.

El solemne Besapiés
de cualquier mes de febrero,
que con ilusión espero,
es de una tal sobriedad
y discreta conjunción,
que se muestra, de verdad,
como auténtica Función.

Con ese mirar ausente
que traspasa la conciencia,
Tú estás abajo y pendiente
del fluir de tanta gente
venida hasta Tu presencia,
serios o más sonrientes,
entretejiendo en las mentes
su personal confidencia.

Tú no precisas de audiencia;
sabes qué quieren de Ti
por secular confesor,
y tratarás, Redentor,
si fuere posible así,
de hacer valer ese Amor.

Estando a Tu alrededor
luego de besar Tus pies,
ésos que cruzas al bies,
como ya Te dije antes,
me detube unos instantes
que a poco fueron mutantes
hasta tornarse una hora
—toda una hora, que sí—,
por recrearme a deshora
en disfrutarte yo a Ti.

Comencé por Tu cabeza;
veraz, robusta y pesada,
por la sierpe rodeada
con tan audaz fortaleza:
sinfín de ramas nudosas
muy a conciencia trabadas
todas, con esa destreza
de encerrarse, caprichosas,
saliendo otra vez cruzadas,
por torturar, insidiosas,
a esa cabeza Sagrada.

Luego, la mata de pelo
 que Juan tallara con mimo
 sobre pecho y hombro, vuelo
 de bucles en un racimo
 que se inclina hacia el afuera
 y su acariciar con mimo
 y una devoción sincera
 es mi desear íntimo.
 Ni una alabanza escatimo:
 ¡Un prodigio en la madera!

De esa faz de fuerza tanta
 y tan hábil de atrapar
 al que hasta Ti se levanta
 por pedir o por rogar;
 por venírte a agradecer
 la merced de algún favor
 o tratar de merecer
 la solución a un penar,
 el bálsamo del dolor,
 y hasta el milagro de amar.
 No suene a deshonor
 este prosaico impetrar,
 ¡que Tú eres El Amor!

De ese cuerpo que surgió
 del genio que Te esculpiera
 y a poco se convirtió
 en pasmo para cualquiera
 que se acercase y que vio
 esa muerte placentera,
 a pesar de lo severa,
 que Juan de Mesa Te dio.

Templo de Amor y venera
 de ese don del atrapar
 que de Jesús se dijera,
 por querer Contigo estar
 y Tu imagen admirar,
 que un son divino Te hiciera.

Y por eso Maese Juan
 presumió de anatomía
 y de sus manos, que dan
 ese soplo de armonía
 a su Cristo del Amor,
 desprovisto de agonía,
 que Lo hace turbador.
 Muy difícil de igualar
 —a qué decir superar—
 desde entonces, todavía.

Y hablando de aquellas manos,
 de las Tupas ¿qué diré?
 Traspasadas sin piedad
 por mantener la verdad
 enseñada a Tus hermanos
 y pregonar la igualdad;
 negras, por haber subido
 abrazando aquel madero
 con las dos manos y entero
 el sumar de sus diez dedos,
 crispados por los desnudos,
 sobre ese hombro sincero

que Tu desnudez delata
mostrando su contusión:
la terrible conmoción
de la piel y de la vena;
Sagrada Sangre tan llena
de Tu divino perdón
y entrega de Salvador,
que, por nuestra redención,
Tú eres Cristo del Amor.

¡Tus manos? —¡que me pierdo
en lo mucho de expresar!—;
esas manos —me despierdo —,
a punto de flexionar
y hasta el clavo acariciar
con los dedos inferiores,
en tanto los superiores
tornan al cielo por dar
a Tu Padre y sus loores
noticia de los horrores
de Tu reciente finar,
son la linde de Tus brazos
sembrados de fuertes venas,
por Tu muerte ya serenas,
y abiertos en tal abrazo
que entran ganas de abrazar.

¡Cómo olvidar la belleza
y el furor de Tu ropaje?
Sólo un paño de pureza
que Mesa esculpió salvaje.

¿En qué recio telar
se debieron hilar
estos lienzos que a Ti
dignifican, Amor?
¿Qué difícil tallar
un cruzar y bolar,
alejarse de sí
con tan sabio candor
y otra vez insistir
en el atravesar,
por un digno cubrir
el pudor del Amor!

¿Qué vuelos al trasero
ese cruzar de las telas,
sombreadas por las velas,
una, otra, y otra vez;
el sacarlas por arriba
sin atender a derriba
y volberlas a meter:
laberinto de tejido
por esas manos urdido
en su excelso proteger.

Qué caída la de adelante
por el viento levantada;
faldón de tela arrugada,
que al atrás se hace volante.

Surge la pierna abanzada
de Tu cuerpo fenecido,
por la abertura anudada,
como zancada impactante
y de aspecto contraído
al encontrarse aún templada.

A la cintura dos nudos
con la forma de una pella,
que destacan cual demudos
entre esa arrugada bella.

Y no es posible olvidar
de Tu tórax la estructura:
mar de poder nabegar
entre su musculatura,
empeñada en ebocar
a la más recia armadura.

¡Ay!, pero en esa armadura
una lanza ha penetrado
—¡A mí la guardia, soldado!—,
y Longinos mancillado
aquel Templo de hermosura
que Dabvé nos regaló:
“donatio” de magna altura
predestinado a sufrir
un castigo sin censura
y el más cruento morir.

**Y al costado Te clavó,
entre la quinta costilla
y la sexta de ese lado
que no cubre el corazón
y a Tu respirar obilla,
una lanza, el muy osado
que no merece perdón,
levándolo a comprobar
—sangre y agua que han manado—
que sí es Dios crucificado
Quien acaban de matar.**

**Extremidades de acero
que apreciamos tensionadas
por Tu reciente morir,
a la par que flexionadas
por deberte resistir.**

**Son Tus piernas dos columnas
imposibles de abatir,
por destacadas alumnas
de aquel tanto ir y venir.
¡Cuántos miles de pisadas,
Tus días de no sufrir,
por quererte dirigir
de un lugar a otro alejado!**

**Los discípulos al lado,
bien dispuestos a seguirte
por la senda del amor:**

ése que Tú repartiste
entre aquél que has encontrado,
el que sólo conociste,
el que resta por venir
y el que no más ha llegado.

¶, bajando por las piernas,
acabamos en Tus pies;
ésos que cruzas al bies
—dicho por tercera vez—
y son como las cuaternas
de Tu andar firme y seguro
por el recorrido duro
que forjó Tu adoctrinar
a ese pueblo que, inseguro,
gritara Tu sentenciar
en el seno de un conjuro
difícil de remediar.

¶or el polvo del camino
transitado en Tu destino
son oscuros —tanto andar—
en las plantas, en Tus dedos,
y un poquito más allá.

Clavados hasta curbar
ambas piernas y cuadrar
las falanges de esos dedos,
no irán más a caminar
hasta Tú resucitar.

No sangras más de lo justo,
lo que fuese necesario;
siendo El Amor, cuán injusto
ver a un Cristo sanguinario.

Así, el manar de la llaga
que se abriera en Tu costado
—sonreír estrafalarío
con incesante sangrar—
se oculta bajo el telario
para dentro se cuajar.

Del desgarrón de portar
la Cruz hasta ese Calvario
con el que Tus pasos dan,
aborrece ser de menos
y ha venido en emanar
la sangre y agua que vemos,
esencia del Sacrificio:
vino y agua que, con pan,
incorporan el nutrício
para en Misa consagrar.

Tu imagen se creó bella
—no se puede discutir
que lo sea toda ella—
y resplandece belleza
por la espléndida grandeza
de Tu sereno morir.

No es un brillo de centella;
 es el toque aceitunado
 de ese rostro en la color,
 de Tus genes portador,
 el que muy quedo destella
 en los mimbres del Amor.

Verte salir por la noche
 de Tu Santo Tabernáculo
 —novecentista derroche,
 que sólo faltase el báculo,
 la capa pluvial y el broche
 para ser un espectáculo
 de la época, en Sevilla—
 es un lienzo de elegancia:

la fachada, de impresión
 —manierismo de esta villa
 para abrir Tu procesión—,
 naranjos, estando en flor
 de azahar en plena fragancia,
 que Te inciensen con su olor,
 arquitectura sencilla
 y un gentío en abundancia.
 Silencio sin reluctancia
 por bajar tal maravilla.

Sí la escena es elegante,
 qué diré de ver salir
 y aparecer Tu semblante
 —la dulzura en el morir—
 con la plaza por delante.

Oyendo “derecha adelante”
 cuando se Te ve venir,
 que se escucha más distante
 por lo quedo del decir
 en respeto a ese talante
 de Tu Muerte y Tu Hermandad,
 las cabezas en subir
 por ver de Tu Majestad
 los ojos en semiabrir
 que nadie puede cerrar
 —estás solo y sin latir
 el fiel de Tu humanidad
 en esa Cruz de sufrir—
 van girando lentamente
 mientras Tú sigas presente.

Ahora Te van a parar;
 pasmarse más quedamente,
 ¡la delicia en el mirar...!

Momento de recrearse
 en Tu cuerpo, que se aprecia,
 al son de llama de vela,
 con un brillo que desprecia
 a la más preciada tela;
 en la solícita madre
 emplumada, que se abre
 en víbífico desangre;
 en Tu vientre, y encontrarte
 ese paño que se anhela
 en su intención de taparte
 y de recoger Tu sangre,
 en...

—no me queda para más,
se dieron en levantarte;
¡qué dolor!, es que Te vas...—

Un instante de observarte
al costado..., por detrás...,
y ya el postrer abístarte
lejos..., que Te perderás.

Al fin Te escapas por Cuna,
disfrutona en cobijarte
entre reflejos de luna,
dichosos de acariciarte.

Tu discurrir por la Santa
Madre Iglesia Catedral
nos lleva a retroceder
a otro tiempo sin igual
que, por añejo, me encanta:
trescientos años... ¡Ayer!

Venías de Los Terceros
con aquella canastilla
que labrase Ruiz Gijón;
siglos ya de compañero
en Tu caminar señero
al salir de la Capilla,
por sacarte en procesión.
Un simpar prodigio, entero,
que provoca una emoción
desbordada y sin orilla.
¡Que va El Amor verdadero
por las calles de Sevilla!

El recorrer esos días
 la ciudad era distinto:
 muy diversas banderías,
 un penitenciar ya extinto,
 diferentes sinfonías,
 menos orden, más instinto
 y antiguas filosofías:
 disponer de lo sucinto
 y, atesorando alegrías,
 apretarse más el cinto.

Pero al entrar en la Seo,
 todo es igual que lo fuese
 o, al menos, yo así lo veo:
 Tú, en la propia encarnadura
 que a los siglos sorprendiese;
 ésa que a todos procura
 el Amor que en Tí se hiciese
 encarnación, la más pura
 que jamás se concibiese,
 por ser la mano Divina
 la que hasta Tí descendiera.
 ¡Que eres el Hijo en la Trina
 y Amor en Sevilla entera!

Y esa misma canastilla,
 la que de siglos Te porta
 cuando Te busca Sevilla,
 que al verte, se reconforta.

La túnica, el escudo,
 el esparto, la sandalia;

sólo en el monte algún mudo:
menos flor y alguna dalia.

¶ el escenario es el mismo;
que la Santa Catedral
no es amiga de mutismo
esa Semana especial,
por vivir el dramatismo
de Tu Sagrada Pasión,
de Tu caer al abismo
y de Tu Resurrección.

Es, por tanto, Tu visita
a la Metropolitana
una vibencia exquisita
de ayer, abierta al mañana;
un pararse en otro tiempo
añorado por mejor
o ser otro —no se sabe—,
pero siempre con la clave
de aparecer El Amor.

Anclado en Tu collación,
recorrido de un pasado
más cercano y entregado
a seguir Tu procesión,
nos desgarrar una saeta
en balcón de calle quieta
—púlpito donde música
el Evangelio un poeta—,
que el incienso pontifica
y a nuestro Amor glorifica,
dando voz a la aflicción

que nuestras almas aprieta
por Tu cruda inmolación.

Y ya vuelves a Tu casa,
pronta sus puertas a abrirte
y a la Virgen del Socorro,
nuestra Madre, que no pasa,
con dolor y abnegación,
un Domingo sin seguirte.

Media Sevilla en la plaza,
venida por despedirte,
esperándote, se emplaza;
de poder, sin dejar irte.

Saben que un año han de estar
sin El Amor en la calle,
un desconsolado valle
del que ansiarán escapar.

Y entre un silencio de muerte,
propio de Tu cruz pasar
portando el abrazo inerte
que nos vienes en mostrar,
finiquita la jornada
—qué lejos la Sacra Entrada—
del Amor procesionar.

Lágrimas con embeleso
ante el lento recorrer
de la rampa y Tú volber
al Divino Salvador,

Santo Cristo del Amor,
el domingo, de regreso,
en esa Cruz, consagrada
por Tu sangre en su brotar
mientras fue Tu palpitir,
con la que fuese regada.

Dos maderos, crudo altar de un sacrificio
dispuesto sin honor ni vanidad
para inmolar a Dios, en beneficio
redentor de la entera humanidad.

¿Es un dislate volver a celebrar,
año tras año, esa fuente de dolor,
o un gran atino querer conmemorar
que de la fuente manase tanto Amor?

Feliz aniversario es de Tu cruz.
Signo de entrega; de vida, resplandor
nacido de un morir que tornó en luz.

Y ahora, en el Divino Salvador,
de Tu cuerpo sagrado es santuario
esa Cruz, Santo Cristo del Amor.

Tosca cruz, emblemático escenario
de concluir Tu andadura de pasión
 muriendo en lo más alto del Calvario,
sacrificado por nuestra Redención.

Norte y el sur de un sufrir patibulario,
este y oeste del castigo turbador:
esos clavos que acrecientan el dolor
de sellar Tu sacrificio voluntario

y provocan un desborde de emoción
al verte a Tí, Amor, crucificado
sólo por causa de nuestra Salvación.

Escenario de aquel último estertor,
donde antes Te hubiste desangrado:
Cruz de muerte, cruz de vida, cruz de Amor.

Cautivo fuiste de Tu ser ofrenda
hasta morir clavado en la madera
con ese abrazo, la cruel prebenda
de amor hasta entregar la vida entera.

Desde la cruz, inerte, Te bajaron
y hasta el sepulcro fuiste conducido;
tras enjugar Tu sangre, perfumaron
el cuerpo traspasado y ya transido

en un sudario bien pronto abandonado
por aquel Muerto, de vida portador,
al “Resurrexit...” por Ángeles cantado

en mil coros de aleluya triunfador
frente al morir a que fuiste condenado
en esa Cruz, que hoy es Templo del Amor.

El Ayozar y Sevilla, verano de dos mil veintiuno.



Fdo.: Juan Luis León Marcos

Esta exaltación consta de quinientos ochenta y cinco versos de arte menor, dispuestos en muy diversas estrofas, rematados por cuarenta y dos, de arte mayor, en un triple soneto encadenado.

Los primeros proceden de la composición de mayor calado y extensión, escrita el mes de abril de dos mil veinte, confinados todos, para conmemorar el cuatrocientos aniversario de la hechura del Santísimo Cristo del Amor y de Nuestra Madre del Socorro por Juan de Mesa, que alcanza casi los mil doscientos versos.

El triple soneto encadenado, verdadera exaltación a la Santa Cruz del Amor, lo compuse “ex profeso” para la celebración del catorce de septiembre, el pasado agosto.

